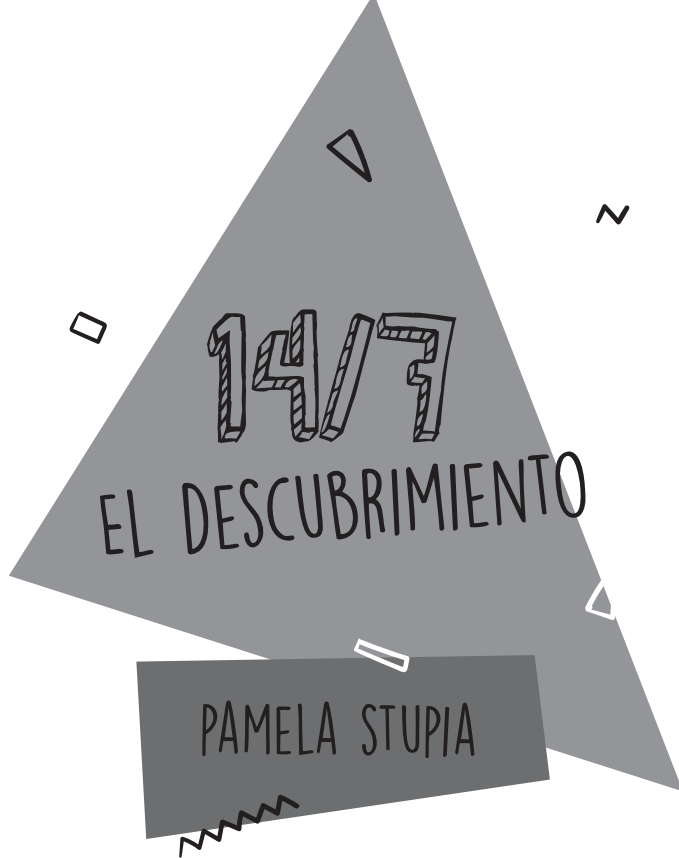


# 14/7

EL  
DESCUBRIMIENTO

PAMELA  
STUPIA

DESTINO



**DESTINO**

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© 2017, Pamela Stupia  
Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

© Editorial Planeta S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: noviembre de 2017  
ISBN: 978-84-08-17885-9  
Depósito legal: B. 22.149-2017  
Impreso en España – *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



## CAPÍTULO

# 1

Bianca era de esas personas que odiaban la rutina; vivir en una ciudad tan pequeña no la ayudaba a sentirse realmente feliz.

San Carlos de Bariloche pertenece a la provincia de Río Negro, al sur de Argentina. Un lugar que muchos eligen como destino de vacaciones en invierno, ya que se puede esquiar, y en verano, porque tiene bellos lagos y bosques. Las chocolaterías son un clásico en la ciudad, donde sin lugar a dudas se come el mejor chocolate del mundo. Los dulces de frambuesa, arándanos y mora son otro de los clásicos; si te adentras por los caminos, podrás ver muchas plantaciones de estos frutos deliciosos que necesitan de un clima particular para subsistir. Sin embargo, ni sus montes ni sus lagos ni el gran mito del monstruo que habita el lago Nahuel Huapi resultaban relevantes para ella.

Inviernos superfríos y veranos repletos de flores se sucedían año tras año. Turistas de todo el mundo y muchos estudiantes de vacaciones pasaban por allí cada temporada,



pero para Bianca eran parte del paisaje al que estaba acostumbrada.

Nació en Buenos Aires, pero sus padres decidieron mudarse a Bariloche cuando tenía apenas un año, y no recordaba absolutamente nada de ese lugar al que nunca más había vuelto. Su infancia fue tranquila, y la adolescencia que estaba comenzando iba por el mismo camino. Tenía amigos, aunque le gustaba especialmente pasar largas tardes sola en su cuarto, escuchando música, dibujando o simplemente mirando el paisaje.

Su casa estaba ubicada sobre un monte, en la zona que quienes viven en Bariloche llaman «los kilómetros», básicamente porque bordea la ruta que lleva a los turistas de excursión en excursión. Troncos, muebles de madera, cortinas a cuadros y fotos por todos lados, así era la pequeña casa de Bianca, donde pasaba las veinticuatro horas de todos sus días, excepto de marzo a diciembre, cuando iba al colegio por la mañana, para lo que tenía que abrigarse de manera extrema en pleno invierno, cuando la nieve cubría la ciudad.

Esa mañana de verano, paradójicamente, fue diferente. Bianca había decidido quedarse en casa y estaba dibujando en su cuarto, como casi siempre que tenía tiempo libre.

Esa era una de sus pasiones, y tenía un gran don para dibujar personas, así que siempre que podía, aprovechaba para hacer retratos de sus ídolos. En ese momento retrataba a Aria, uno de los personajes de su serie preferida: «Pretty Little Liars». Había intentado trazar paisajes, pero le resultaba aburrido. Tal vez el hecho de tener uno de los panoramas más bellos frente a ella todos los días la había inmunizado.

También lo había intentado con objetos, pero no le divertía, así que se había resignado a hacerlo con personas, lo que muchas veces implicaba que se pusiera a mirar los rostros de los pasajeros del autobús e imaginara cómo retratarlos. Había decidido ser ilustradora cuando terminara la escuela; ninguna otra cosa le gustaba tanto como dibujar. Sentía que, cuando lo hacía, era el único momento en que se conectaba consigo misma y podía pasar horas haciéndolo, aunque para ella eran solo minutos.

Terminar la escuela primaria la había hecho pensar mucho en qué haría cuando acabara el instituto. De acuerdo, aún faltaban unos cuantos años, pero Bianca siempre quería tener un plan. La hacía sentir más relajada saber qué tenía por delante. Algo que se contradecía con el hecho de que odiaba la rutina. Cosas raras que uno nunca llega a entender.

Había decidido ser ilustradora en vez de una artista que pinta cuadros para exponer, porque su idea era ilustrar revistas. Imaginaba que sus dibujos salían en una publicación y le parecía estar soñando. Quería hacerlo realidad, así que iba a seguir dibujando retratos, pero en algún momento iba a tener que lanzarse a hacer más cosas.

Estaba metida en su mundo, dibujando a Aria, cuando oyó que Eduardo, su padre, volvía del trabajo más temprano de lo normal. «¿Qué onda? ¿Se fue hace tres horas y ya volvió?», pensó. Se asomó por la ventana y lo notó extraño. Se había quedado de pie al lado del coche, leyendo algo en el móvil durante unos minutos. Bianca veía la entrada de la casa a la perfección desde una de las ventanas de su cuarto, por eso sabía exactamente los horarios de todos sus vecinos



y la ropa que usaban a diario. Lo mejor de todo era que, a través de la otra ventana de su cuarto, veía el lago azul celeste, iluminado por el sol. Un espectáculo de la naturaleza.

Se sentó para ver mejor a través de la ventana. Su padre seguía allí: algo raro estaba pasando. En ese momento, vio salir de la casa a Isabel, su madre. Bianca los vio intercambiar miradas, estaban serios, nada bueno estaba pasando; la chica dejó de tener una visión perfecta de la situación cuando los dos entraron en casa. Salió de su cuarto sin hacer demasiado ruido y bajó la escalera. Oyó un murmullo: Eduardo e Isabel siempre eran cariñosos y buenos con Bianca, pero tenían la mala costumbre de ocultarle cosas para que «no se preocupara». Ante la certeza de que no le contarían qué pasaba, Bianca se sentó en la escalera, el lugar perfecto para que no la vieran, y trató de oír lo que decían. Después de tantos años de escuchar detrás de las puertas, Bianca se sentía experta en la materia e, increíblemente, siempre tenía la misma buena suerte: cuando se disponía a prestar atención, los murmullos se volvían más fuertes y se enteraba de todo. «Algún día me va a servir de algo este entrenamiento», pensó.

—Es la semana que viene, tenemos que irnos de la ciudad —dijo Eduardo.

Claramente se trataba de algo relacionado con el trabajo. A su padre le importaba muchísimo su actividad profesional e Isabel siempre trataba de que se relajara un poco. Sin embargo, para sorpresa de Bianca, esta vez fue diferente. La respuesta de ella fue rápida:

—De acuerdo, voy a organizar la mudanza. Podemos hablar con Bianca más tarde.

Entró en pánico. Era cierto que estaba harta de las montañas y del lago, pero tenía amigos y se llevaba muy bien con ellos. Le gustaba mucho su cuarto, no quería irse de allí. Subió los escalones que separaban el escondite de su habitación y entró desesperada. Respiró hondo. Miró a su alrededor: las paredes de madera, la manta ultraabrigada sobre la cama. «¿Por qué está puesta si es pleno verano?», se preguntó, y evitó responder porque era irrelevante ante la situación que estaba viviendo.

Caminó unos pasos hacia la otra ventana de su cuarto. Desde allí se veía perfectamente el lago Nahuel Huapi. Respiró hondo de nuevo y miró hacia la pared de delante del armario. Tenía un espejo en el que se miraba poco. Se sentó en el suelo y observó su imagen; hacía tiempo que no se miraba en él. Había crecido, no sabía si era real o era algo que sentía porque acababa de terminar la escuela primaria. Estudió su reflejo. Era alta, medía 1,75 y tenía trece años; los zapatos de sus amigas siempre le quedaban pequeños. Era injusto, siempre tenía que comprarse zapatos nuevos porque no tenía la opción de que se los prestaran. Su pelo largo y lacio era castaño oscuro, casi negro, igual que los ojos. Tenía la piel blanca y, según ella, Bariloche la hacía más pálida aún. Las manos eran pequeñas, pero de dedos muy largos, y detestaba sus piernas, largas y finas, sentía que tenía dos palillos en su lugar. No entendía cómo sus amigas le envidiaban las piernas, si era lo que ella más odiaba de su cuerpo.

Miró su ropa, y pensó que sus amigas le dirían lo mismo de siempre: «Bianca, ponete onda». Se vestía de manera muy simple porque así se sentía más segura. Camiseta blanca, tejanos negros y zapatillas blancas. Ese era su *look* desde





siempre y no estaba en sus planes cambiarlo. No le gustaba maquillarse, la aburría y le parecía que no era necesario, aunque hacía algunas semanas había empezado a usar máscara de pestañas después de que sus amigas le hubieran implorado que lo hiciera.

—Sos hermosa, Bianca. Si te maquillaras y te pusieras un vestido, superarías a Kendall Jenner —le decían siempre.

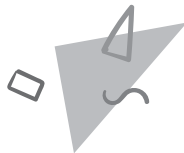
Sin embargo, Bianca se sentía cómoda y feliz así, y seguía en su plan; lo otro suponía mucho esfuerzo y no tenía sentido arreglarse tanto.

Se levantó y dio unos pasos. No podía creer lo que estaba pasando, jamás hubiese pensando que un día iba a tener que dejar la ciudad. Si bien renegaba de la tranquilidad del lugar, nunca había planeado irse. Estaba devastada.

Se sentó, sacó una caja enorme de debajo de la cama y la abrió. Estaba llena de dibujos. Eran obras de arte, tenía un gran don que ella no valoraba demasiado. Nadie sabía que dibujaba, solo sus padres, que se sorprendían admirados cada vez que les mostraba una nueva creación.

—Solo voy a llevarme esto —dijo en voz alta—. Si hay que volver a empezar, voy a hacerlo desde cero.

Llamaron a la puerta, y Eduardo e Isabel entraron a darle la gran noticia: debido al trabajo de su padre, se mudaban a Buenos Aires la semana siguiente.





## CAPÍTULO

# 2

La semana pasó muy rápido a ratos, y otros, extremadamente lenta. Bianca experimentó todas las sensaciones posibles: lloró, se entusiasmó, tuvo miedo, nervios, ansiedad, felicidad... todo junto, en solo siete días. Sin embargo, nada de eso importaba porque había llegado el momento en el que su vida daría un giro de 180 grados. No recordaba nada de Buenos Aires y solo había conocido a una persona de esa ciudad en toda su vida. No está de más decir que nunca había soportado a esa chica, por lo que el pronóstico no era bueno.

Hacía exactamente una semana que se había enterado de que todo lo que había vivido en trece años iba a pasar a la historia. Sus amigos, su casa, la ciudad..., todo sería parte del pasado en cuestión de segundos. No podía creer que iba a tener que ver el lago en las fotografías o que nunca más iba a poder ir a una de las mejores chocolaterías de Bariloche, Del Turista, a comer su sándwich preferido y la medialuna veneciana con jamón y queso.



Todas las pequeñas cosas que amo de la vida se van a esfumar.



Me gusta



Comentar

La frase que escribió en su perfil de Facebook recibió una cantidad increíble de «Lo siento».

Había llamado a sus amigos el mismo día que se enteró de la noticia y pasaron una hermosa tarde en Playa Bonita para despedirla. Amaba ese lugar. Aunque no era de las atrevidas que hacían deportes acuáticos, le gustaba sentarse a mirar el paisaje; sentía que era el mismo de todos los días, pero desde otra perspectiva. Sin lugar a dudas lo iba a echar de menos.

Con sus padres también habían hecho una especie de «ritual» de despedida. Habían ido a comer fuera toda la semana para despedirse de cada uno de sus restaurantes preferidos, y el último día tomaron el teleférico del monte Otto para quedarse con esa visión de la ciudad desde arriba para siempre.

El monte Otto la remontaba a su infancia: cuando era pequeña, subir al teleférico era una de sus actividades preferidas. Tenía vértigo, pero las cabinas que la transportaban hacia la cima le daban seguridad. Y lo mejor estaba arriba: una confitería giratoria que aún existe y que le encantaba. Mientras tomaba un trago de submarino, disfrutaba del paisaje desde todos los puntos gracias al giro lento de la confitería. Después de todo, le encantaba esta ciudad, y a sus padres también.

A Eduardo nunca lo habían trasladado, se suponía que era una buena noticia, pero Bianca veía a sus padres tristes, desanimados por dejar la ciudad. No entendía cómo una persona,

solo por trabajo, podía dejar atrás todo lo que amaba. Sin embargo, Bianca se guardó todos estos pensamientos porque no quería ser un peso más para su padre.

Bariloche es una ciudad que en solo 220 kilómetros tiene muchas cosas: lagos, montañas, bosques y un pequeño centro que a Bianca le encantaba y recorría todos los días con Clara y Agustina, sus mejores amigas, sobre todo en la época en que los estudiantes de instituto visitaban la ciudad en su viaje de fin de curso. Siempre una de las tres se enamoraba de algún estudiante con el que nunca pasaba nada y al que, después de tres días, no vería nunca más. Era parte de la diversión; de hecho, Bianca tenía varios retratos de estudiantes que había conocido durante el último año. Básicamente porque antes de ese año los chicos le importaban poco o nada.

Nunca había tenido novio ni estado cerca de tenerlo y sus amigas tampoco, pero el último año Clara se había enamorado de media ciudad. Por suerte, el enamoramiento le duraba poco. Bianca se divertía muchísimo con ella, eran muy diferentes, pero sentía que esas diferencias las hacían aún más colegas.

Clara era graciosa, divertida, extrovertida y le gustaba ponerse vestidos, *shorts* y todo eso que Bianca jamás hubiera usado. Se apoyaban en todo y se conocían desde la guardería. Una de las cosas más duras para Bianca sería separarse de ella. Habían planeado muchas cosas juntas y el instituto era algo que estaban esperando ansiosas hacía mucho tiempo. No podía creer que iban a estudiar esos años en dos lugares diferentes.

Como despedida, Bianca, Clara y Agustina durmieron juntas en casa de Clara. Bueno, dormir fue lo que deberían



haber hecho, pero en realidad pasaron la noche pintándose las uñas, viendo películas, series y vídeos en YouTube, y cuando se dieron cuenta, ya estaba amaneciendo.

Había llegado el día. Bianca se levantó más cansada de lo normal después de la gran noche con sus amigas. Estaba nerviosa, se despidió de ellas con un fuerte abrazo, deseando que no fuera el último, y fue hacia su casa.

Antes de entrar, decidió pasar unos últimos minutos frente al lago. Era una hermosa mañana de verano, pero el agua estaba congelada como siempre. Se quedó un buen rato contemplando el paisaje y pensando cómo sería su vida a partir de ahora. «¿Volveré alguna vez?», se preguntó, y deseó con todas sus fuerzas que la respuesta fuera un sí. No podía creer todo lo que no había valorado en este tiempo. Estaba enfadada consigo misma, pero en el fondo también se sentía intrigada y un poco entusiasmada por esta nueva vida. Toda la semana había sido así: entusiasmo, decepción, alegría... Ya no sabía siquiera qué era lo que quería.

Estaba mareada de tantos sentimientos hasta que vio a dos niños que jugaban a unos metros de donde ella se encontraba. Eran mellizos y tendrían alrededor de siete años. Los miró con una sonrisa. Recordaba todas las mañanas de verano que había pasado en ese mismo lugar con Clara. Hizo un esfuerzo por escuchar lo que decían.

—Tenés que ponerte las zapatillas para no lastimarte con las piedras y tener valor aunque el agua esté fría —le dijo uno al otro.

—No tengo valor —respondió el segundo.

—Inventalo, imaginate que lo tenés.

Bianca sonrió y decidió que era el momento. «Voy a ima-

ginar que tengo valor», pensó, y se encaminó hacia su casa, donde sus padres la esperaban.

Sorprendentemente, Eduardo había decidido hacer el viaje a Buenos Aires en coche, de modo que tenían por delante casi veinticuatro horas hasta llegar a la ciudad. Con eso en mente, Bianca había preparado todo lo necesario: móvil, tres cargadores portátiles para no quedarse sin batería ni por casualidad, papel, lápices y un par de revistas de chismorreo que la iban a mantener entretenida. Su madre había preparado una canasta con provisiones y habían llenado el maletero de chocolates y mermelada de frambuesa; querían tener algo de Bariloche en su nueva vida porteña.

Subieron al coche y emprendieron el gran viaje. Bianca no podía creer lo que iba a vivir: nueva casa, nueva ciudad, nuevo instituto... vida nueva. Su madre estaba ansiosa, parecía ser la más feliz de los tres. Eduardo, en cambio, estaba más callado de lo normal, cosa que sorprendía a Bianca. Su padre siempre había sido un apasionado de su trabajo y este ascenso con traslado incluido era positivo para él, sin embargo, algo lo tenía preocupado.

Después de hacer unos cuantos garabatos que terminaron en la basura y unas paradas para descansar, Bianca se puso los auriculares y decidió dormir para acortar un poco la travesía, pero no lo consiguió. La discografía completa de One Direction y el nuevo disco de Shawn Mendes sonaron mientras veía cómo el paisaje se transformaba. Ya no había montañas ni lagos y circulaban por una autopista. Los coches ya no se veían tan llenos de barro y la gente que los ocupaba era diferente... Estaban en Buenos Aires.

Bianca lo sintió de nuevo todo junto: tristeza, ansiedad,



alegría, angustia y unas ganas increíbles de no haberse quedado jamás de la tranquila vida de Bariloche. Unos minutos más tarde estaban en medio de la ciudad. La gente corría para todos lados, había miles de autobuses y carteles enormes. No había chocolaterías y Bianca se quedó perpleja. Se sacó los auriculares y oyó todo lo opuesto al silencio de su Bariloche tan querido. Vio cómo Eduardo la miraba preocupado por el espejo retrovisor y le sonrió: «Está bien, papá... ¿Y en qué barrio está nuestra nueva casa?».

